

ESMERALDA BERBEL

Lo otro

Me devaneo en el delirio de acercarme a la hondura de los otros y quedarme reposando en su mirada. Me acerco sin percibir que tal vez donde se me presta no es mullido ni propio sino un hueco muy profundo y delicado del cual voy a salir, más tarde, vulnerable.

También yo presto mis orillas, bondades tintadas de demasiada ausencia, abro mis brazos para que quede claro que Lo otro, puede entrar, hurgar incluso, decir de qué materia estoy hecha, cuales son mis derrames y creerme así –por ser habitada- menos sola.

¿Es un peligro? Lo es cuando las aristas del alma claman, con mano de niña, cariño a cualquier precio. Lo es cuando el abrirse no selecciona y entra en nuestra vida un ser voraz y sin sosiego.

Siempre he creído que estar abierta es un privilegio, que llorar, reír, gritar y decir todo lo que te viene en gana era una actitud liberadora. Todavía hoy lo creo pero con un ligero e importante matiz, el de que ese privilegio debe ir acompañado de un saber dónde, con quién y cuándo vamos a sacar nuestro manto para dejar percibir las costuras, las hilachadas y las otras.

Acercarme a lo que no soy yo, a Lo otro me ha dado, en mi vida, tantas alegrías como desconsuelos. No por ello me he quedado en la

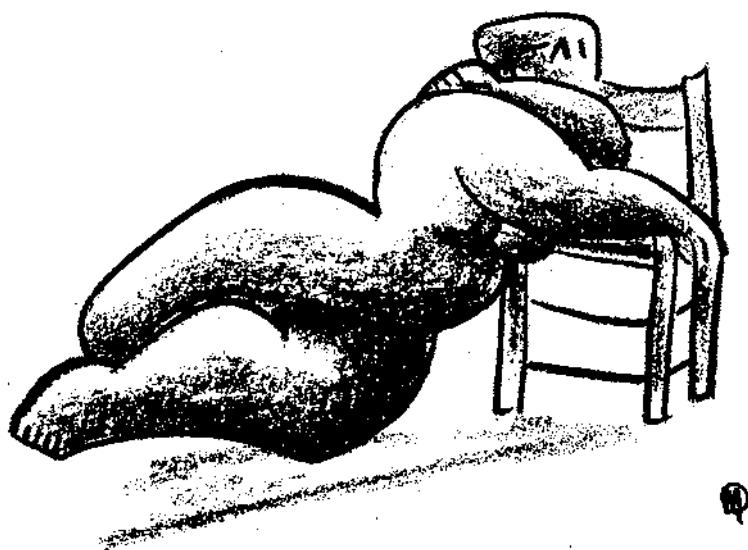
retaguardia, ni he cohibido a mi naturaleza de vivir en la amplitud, en la hospitalidad y en el disfrute de los momentos que se crean cuando la apertura da paso a una calidez inusual. Los desconsuelos y los barullos me han invitado a reflexionar.

En esta reflexión ha surgido en mí el deseo de poner límites, unos límites amorosos. Creo que abrirse a lo otro sin decir: hasta aquí o esto sí y esto no, es tan peligroso como mantener el pecho cerrado y no poder decir a nadie lo que hay dentro.

La madurez, delicia y tesoro en mi vida, me recibe con sus sabias canas y su textura de mujer abierta al instinto. Me abro ahora, a Lo otro con la sabia bondad de no habitar a nadie ni decirle de qué textura está hecho, ni abordar su vida como si yo supiera más de la suya que ella o él.

Me acerco ahora, a Lo otro desde la alegría que me ofrece esta nueva etapa. Mi apertura es más real que antes porque dejé un agujero para que la fantasía de él se fuera: me herirán si descubro mi parte femenina, libre como es, y en su lugar coloqué un catalejo, así, mi mirada y mi alma saben distinguir dónde reposar, dónde clamar y dónde retirarse en espera de un momento mejor.

Abrirse a Lo otro desde un prisma claro, colma el alma de una riqueza infinita.



A veces lo peor es lo mejor
2001
Marisa Ordóñez